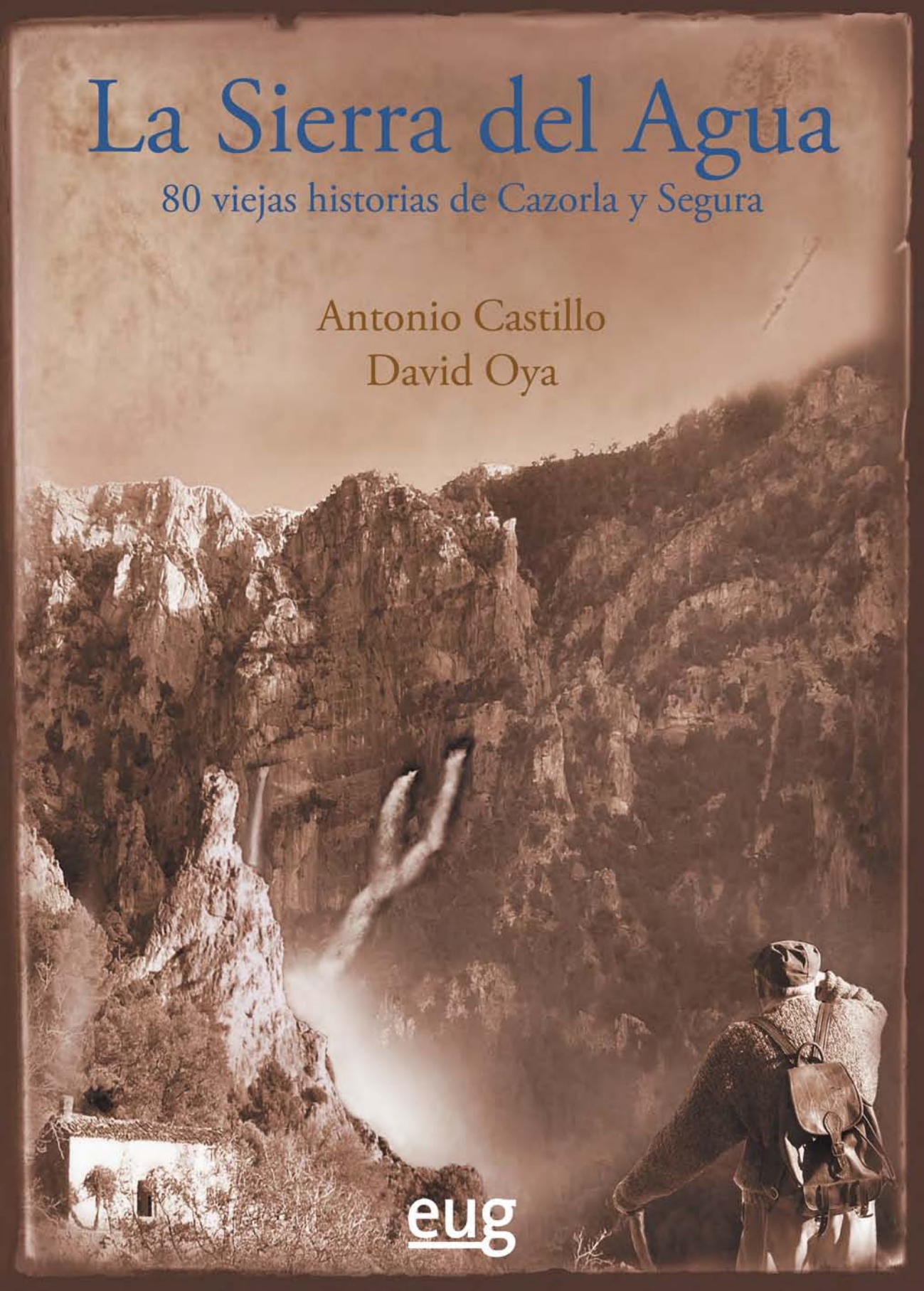


La Sierra del Agua

80 viejas historias de Cazorla y Segura

Antonio Castillo

David Oya



eug

CASTILLO, A. (2012)

"Tornajos, abrevaderos típicos que se pudren por la carcoma del olvido"

En: "La Sierra del Agua: 80 viejas historias de Cazorla y Segura". ISBN: 978-84-338-5415-5.

Editorial Universidad de Granada. 303-305



68. «Tornajos», abrevaderos típicos que se pudren por la carcoma del olvido

Por Antonio Castillo



Tornajo (de dornajo) de la Cabrilla. La falta de uso acelera los procesos de putrefacción. En la foto dos expertos «forestales»: Serafín Pérez (guarda forestal, a la derecha) y Andrés Castillo (ingeniero técnico de montes) (foto Antonio Castillo, 19 de octubre de 2011)

CUALQUIERA QUE SE MUEVA un poco por las fuentes de estas sierras, se dará cuenta al momento que muchas contaron (o aún cuentan) con unos

singulares abrevaderos hechos con troncos de pinos ahuecados. Estos típicos bebederos son conocidos por las gentes del lugar como tornajos, y tornajeras la sucesión de ellos. La palabra, pese a su enorme popularidad y uso en las montañas forestales del sudeste español, no está reconocida por la Real Academia Española de la Lengua. Si lo está, dornajo, con un sentido similar: «Especie de artesa... , también pesebre para toda clase de caballerías», por lo que cabe suponer que la palabra tornajo deriva de ésta.

Los mejores troncos para los tornajos son los de pino laricio (*Pinus nigra*), propios del terreno (autóctonos se diría ahora) y abundantes desde Castril, al sur, hasta las sierras albaceteñas, al norte. No obstante, idénticos tornajos existen en otras serranías limítrofes, entre ellas la de Baza, que también estuvo muy poblada de laricios.

Eso explica que sean tan frecuentes los topónimos relacionados, como tornajos, tornajuelos, tornajeras, dornajos, etc., que inundan la geografía serrana. Estos rústicos abrevaderos fueron la solución natural de pastores y ganaderos, cuando ni los carriles ni la gasolina se conocían. En las zonas altas, de calares y navas, las de mejores pastos y mas ganaderas, sin acceso y sin apenas arroyos ni fuentes, prestaron un servicio impagable. Allí era necesario, más que en otros lugares ricos en aguas, la disposición de largas tornajeras, superiores incluso a la decena de largos troncos, que proporcionarían un gran almacén de agua y un acceso lineal extenso, donde abrevar en poco tiempo un buen rebaño.

Ni que decir tiene que por su extensa e intensa proliferación, la fabricación de tornajos se convirtió en todo un oficio, un arte y una destreza en la que algunos hacheros fuertes y habilidosos destacaron, cogiendo fama por tal motivo. Eran tiempos de la *provincia marítima* en los que el monte bullía de aprovechamientos madereros. Entonces, los silbidos de las hachas restañaban a todas horas en solanas y umbrías de toda la vasta serranía. Entre los más habilidosos había apuestas y competiciones, y se cuenta que algunos de estos hombres eran capaces de fabricar un tornajo en poco más de una hora.

Y el resultado final eran unos abrevaderos, no solo rústicos y económicos, sino además sumamente estéticos y armoniosamente integrados

con el entorno. Pero es que también eran muy duraderos, siempre que se conservaran llenos de forma permanente. Además daban aguas frescas, en las que vivían o abrevaban sin ningún recelo las especies silvestres que lo necesitaban. Así se entiende que esas balsas de agua, especialmente las de riscas y calares, extensamente repartidas, constituyeran un sustento vital para infinidad de seres vivos. Animales como las aves, las abejas o los anfibios eran comunes en todas las tornajeras. Por ejemplo, el sapo partero ibérico, una especie exclusiva de las sierras del sureste peninsular, prosperó felizmente en estos tornajos. Hoy, sin embargo, está en regresión y en peligro de extinción, afectado por enfermedades y cocido en los abrevaderos de metal.

¡Qué curioso! Igual que les ocurre a los tornajos, hoy reemplazados por piletas de cemento, canaletas de metal o, lo que es peor, por remedios caseros como bidones cortados o antiguas bañeras recicladas. Todo un horror a la vista y un espanto, cuando no una trampa mortal para la vida salvaje. Por eso, gusta encontrarse de vez en cuando algunas tornajeras en uso, eso sí, repuestas ya cuando va siendo necesario por la diestra mano de los modernos hacheros, los *motosierristas*.

Los tornajos fueron un significativo exponente, como tantos otros, de la buena sintonía que antaño hubo entre el serrano, la naturaleza y la cultura. La despoblación y el modernismo del medio rural, que ya vaticinara hace varias décadas para los Campos de Castilla Miguel Delibes, ha sido letal también para los tornajos. Sin uso y sin agua, se pudren desparrramados junto a las fuentes que le dieron vida, víctimas de la insensibilidad y la carcoma del olvido. Urge ahora intentar que no se pierda el oficio, y que estos bellos y beneficiosos abrevaderos no desaparezcan del todo.

*Los más sólidos tornajos los hizo el «Tío Chorreones»,
un hachero de campanillas... En Siles trabajó Pedro «el del Volador»,
una eminencia con el hacha; y en Santiago, Crescensio «el de Marchena»*

JOSÉ CUENCA, *La Sierra Caliente*, 2003

